

Vigésimo Primer Domingo del Tiempo Ordinario – Año B - 25 de agosto de 2024
Homilía:

El 28 de julio, comenzamos un viaje de cinco domingos consecutivos a partir del capítulo 6 del Evangelio de Juan, que se centró en el discurso del Pan de Vida. Hoy es la culminación de ese viaje.

En el Evangelio de hoy, escuchamos a los discípulos de Jesús expresarse unos a otros: "Este modo de hablar es intolerable; ¿Quién puede admitir eso?" Este modo de hablar de Jesús es uno que a sus propios discípulos les resulta difícil creer o aceptar. No todo lo que Jesús enseñó es "intolerable o difícil de entender", sin embargo, cualquier creyente que encuentre que todo lo que dice Jesús es agradable y placentero no ha escuchado verdaderamente al Jesús revelado en los Evangelios.

Un hombre rechazado por su propio pueblo que, al final, clamó por su crucifixión, no era alguien que simplemente le decía a la gente lo que quería escuchar. Más de una vez, se ofendieron por lo que Jesús dijo, ya fuera que la gente del pueblo de Nazaret dijera: "¿De dónde sacó este hombre todo esto?" (Marcos 6:2-3), o los fariseos insultados por la acusación formal de Jesús de que ellos suprimen o invalidan la ley con sus tradiciones (Mateo 15:12).

Incluso, sus discípulos tuvieron problemas para aceptar la prohibición de Jesús sobre el divorcio (Mateo 19:10) o creer lo difícil que es para los ricos entrar en el Reino de

Dios (Mateo 19:25). La verdad del Evangelio se confirma en que la dureza y firmeza de la enseñanza de Jesús no se ha desvanecido, ya que los creyentes de las muchas generaciones posteriores a los apóstoles incluyendo la generación actual continúan rechazando lo que Jesús estableció.

El Evangelio de Juan que acabamos de escuchar nos confronta a examinar nuestra habilidad a aceptar todo lo que Jesús dice, desde lo reconfortante hasta lo desafiante.

Nuestra propia respuesta a unas palabras fuertes de Jesús revela mucho sobre nosotros: la fuerza de nuestra fe y tal vez cierta resistencia a someternos completamente a la autoridad de Cristo en todo lo que enseña. Si, porque hay muchos de nosotros que todavía se resisten a las enseñanzas de Jesús.

En la carta de San Pablo a los Efesios, el amor de Dios es capturado vivamente, donde el Apóstol extiende la semejanza del matrimonio a Cristo y a la Iglesia. Pablo insta tanto a los esposos como a las esposas a "estar sujetos el uno al otro por reverencia a Cristo. Por lo tanto, el matrimonio cristiano no es una negociación sobre derechos y responsabilidades, sino más bien una descripción de la entrega mutua. Es mucho más radical que la mera igualdad. San Pablo escribe que "el marido es la cabeza de la mujer, así como Cristo es la cabeza de la iglesia.

Pero ¿qué significa esto en el contexto y en la práctica? San Pablo llama a los esposos a un amor que se entrega a sí mismo y que refleja el sacrificio de Cristo en la cruz.

Socavando el machismo y la explotación, y en profundo contraste con otros códigos domésticos en el mundo antiguo, Pablo enseña una dinámica a imagen de Dios: "Maridos, amen a sus esposas, así como Cristo ama a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella". Maridos, pero ¿cómo ama Cristo a la iglesia? En la carta de San Pablo a los Efesios, la Iglesia habla del matrimonio como sacramento y convoca a las parejas a este tipo de comunión creciente y desprendida (de sacrificio).

Aquí, Jesús permite a los cristianos hablar con confianza sobre el amor de Dios. Abre el pacto de Dios a todas las personas, completando la historia de Israel como una narrativa universal de redención. Jesús encarna el amor vivificante porque es la Palabra de Dios hecha carne. Él ama a la Iglesia como a su esposa, y este amor desinteresado --- demostrado en la sangre en la cruz --- establece el modelo para el tipo de amor mutuo y servicio necesario dentro de cada matrimonio y familia cristiana.

Como enseñó el Papa Benedicto XVI en su Carta Encíclica "Dios es Amor" – "Deus Caritas Est": "Contemplando el costado traspasado de Cristo, podemos comprender... Dios es amor. Es allí donde se puede contemplar esta verdad. Es a partir de ahí que debe comenzar nuestra definición de amor. En esta contemplación, el cristiano descubre el camino por el que deben moverse su vida y su amor".

Como mencioné al principio, hoy el capítulo sexto del Evangelio de Juan concluye el discurso sobre el Pan de Vida, que Jesús dio al día siguiente de la multiplicación de los panes y los peces.

Al final de ese discurso, el gran entusiasmo del día anterior se había disipado, porque Jesús dijo que él era el Pan que bajaba del cielo, y que daría su carne como alimento y su sangre como bebida, aludiendo así claramente al sacrificio de su vida. Esas palabras provocaron consternación en la gente, que consideró que tales palabras eran indignas del Mesías, no palabras "encantadoras". Por lo tanto, muchos consideraron a Jesús como un Mesías que debería haber hablado y actuado de tal manera que llevara éxito a su misión, de inmediato. Pero se equivocaron precisamente en esto: ¡en el modo de entender la misión del Mesías! Ni siquiera los discípulos lograron aceptar las inquietantes y fuertes palabras del Maestro. Y el pasaje de hoy se refiere a su malestar: "Este es un dicho duro", comentaron, "¿quién puede escucharlo?" (Juan 6:60).

Ciertamente habían entendido el discurso de Jesús. Pero no quisieron tomar nota de ello, porque era un discurso que los ponía en crisis. Las palabras de Jesús siempre nos ponen en crisis, por ejemplo, el espíritu mundano, la mundanidad. Pero Jesús ofrece la respuesta para superar esta dificultad; Una respuesta que consta de tres elementos. En primer lugar, su origen divino: bajó del cielo y ascenderá de nuevo

«donde estaba antes» (v. 62). Segundo: sus palabras sólo pueden ser comprendidas por la acción del Espíritu Santo. Es por eso que siempre tenemos que dejar espacio para que el Espíritu Santo pueda manifestarse en nuestras vidas. No podemos pretender descifrar y saber todo por nosotros mismos. Aquel que "da la vida" (v. 63) es precisamente el Espíritu Santo que nos permite comprender bien a Jesús. Tercero: la verdadera causa de la incomprensión de sus palabras es la falta de fe: "Hay algunos de ustedes que no creen" (v. 64), dice Jesús.

De hecho, a partir de entonces, dice el Evangelio, «muchos de sus discípulos se echaron atrás» (v. 66). Frente a estas deserciones y abandonos, Jesús no hace concesiones ni excepciones y habla con franqueza, es más, exige que tomen una elección precisa: o quedarse con él o dejarlo, y dice a los Doce: «¿También ustedes quieren dejarme?» (vers. 67).

En este punto, Pedro hace su confesión de fe en nombre de los otros Apóstoles: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (v. 68). No dice "¿a dónde iremos?" sino "¿a quién iremos?". El problema fundamental no es dejar y abandonar el trabajo emprendido, sino a quién acudimos. De la pregunta de Pedro se deduce que la fidelidad a Dios es una cuestión de fidelidad a una persona, a la que nos comprometemos a caminar juntos por el mismo camino. ¡Y esta persona es Jesús!

¡Jesús, presente en la Eucaristía! Él (Pedro) pertenece a la única persona que, a sus ojos, es la única persona que puede guiarlo hacia a Dios. ¡Tú tienes las palabras de la Vida eterna!

Queridos hermanos y hermanas: Todo lo que tenemos en el mundo no satisface nuestra hambre infinita. Necesitamos a Jesús, estar con él, ser alimentados en su mesa, en sus palabras de vida eterna. Creer en Jesús significa hacer de Él el centro, el sentido de nuestra vida. Es tener compasión por el que sufre, por el que está necesitado, por el que tiene hambre, por el extranjero, por el que es diferente a nosotros. Eso es lo que es la Iglesia Católica de San José, una parroquia que acoge a todos por igual. ¿Eso no es lo que hizo Cristo?

¡Mis hermanos y hermanas en Cristo! La Palabra de Dios es como una espada de doble filo que transforma y purifica nuestros corazones. ¡Somos personas de fe! Somos personas que amamos y creemos que Jesús es el Santo de Dios. Él es el verdadero pan que bajó del cielo para la salvación de todos. ¡Porque Él hace que el sol brille para los buenos y para los menos buenos! ¡Él hace que la luz del sol brille tanto para ti como para mí!

Cristo no es un elemento opcional: es el "Pan vivo", es el "Pan de Vida", el alimento esencial. ¡Es el pan bajado del Cielo! Vincularse a Él, en una verdadera relación de fe y de amor, no significa estar atado, sino ser profundamente libre.

Cada uno de nosotros puede y debe preguntarse: ¿quién es Jesús para mí? ¿Es un nombre, una idea, o simplemente una figura histórica? ¿O es realmente esa persona que me ama y dio su vida por mí y camina conmigo? ¿Quién es Jesús para ti? ¿Estás con Jesús? ¿Tratas de comprenderlo en su palabra? ¿Tratas de leer cada día un pasaje del Evangelio para aprender y conocer a Jesús? ¿Pasas tiempo con él en el Santísimo Sacramento? Donde Él está mirando directamente a tus ojos y corazón con profundo amor.

¡Amados hermanos! Cuando Jesús en la cruz dijo las palabras "Tengo sed", Él no las dijo porque tenía sed de agua. Él las dijo porque estaba sediento de toda la humanidad, de todo su amor. ¡Estaba "sediento de ti"! Tengo sed de ti.... Sí, esa es la única manera de describir mi amor por ti: tengo sed de amarte y ser amado por ti ---- eso es lo precioso que tú eres para mí.

¡Mis hermanos y hermanas! Cuanto más estamos con él (Jesús), más crece el deseo de estar con él.

Santo Tomás de Aquino escribió sobre la Eucaristía: "*Él es íntegro y perfecto en todos y cada uno de los fragmentos de la hostia, como las apariencias visuales se multiplican en cien espejos.* La unidad de Cristo en el más grande de los sacramentos, donde Dios se hace hombre, nos impulsa a amar a los demás durante nuestro viaje terrenal hacia la Jerusalén celestial. *Este sacramento de la fe también inspira*

esperanza y aumenta la caridad. Es el pilar central de la Iglesia, el consuelo de los difuntos y la culminación del Cuerpo Místico de Cristo. Por estas especies sagradas reconocemos el árbol de la vida.

¡El Pan Eucarístico es fuente de muchas gracias! Tomás de Aquino explica: "Oh Pan vivo, engendrado en el cielo, calentado en el seno de la Virgen, cocido en el horno de la Cruz, llevado al altar bajo el disfraz de la hostia: fortalece mi corazón para el bien, hazlo firme en el camino de la vida, alegra mi mente, purifica mis pensamientos".

Para concluir, hagamos un momento de silencio y que cada uno de nosotros, en su corazón, se haga la pregunta que Jesús preguntó a sus apóstoles: "¿Y ustedes, quién dicen que soy yo?" Pedro respondió: "Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo", "Tú eres el pan vivo que bajó del cielo, y el que coma de este pan vivirá para siempre".

Que el Espíritu Santo ilumine nuestros corazones y nuestras mentes para ver y reconocer siempre a Jesús en la fracción del pan y que nuestra madre, la Virgen María, nos ayude a "ir" siempre a la Fuente de vida para que experimentemos la libertad que solo Él puede ofrecer.